

cilio general, para que se viese en él su causa, y empeñó al emperador Honorio, á fin de que se interesase fuertemente con su hermano el emperador Arcadio; para que se reparase la injusticia que se habia hecho al Patriarca y á la iglesia de Constantinopla.

Asustados los enemigos de Crisóstomo con la resolución del Pontífice, y estando ciertos de que en el concilio general serian condenados, tomaron la bárbara determinación de acabar de una vez con el santo Prelado. Las asombrosas conversiones que hacia en su destierro, las continuas quejas de los buenos, la fama de sus milagros irritaban tanto la cólera de sus émulos, que se dejaron arrastrar de las resoluciones mas violentas. Encarnizados implacablemente en perseguirle no podian tolerar el sosiego y la estimación que por su eminente virtud se habia granjeado en Cucuso, y no pararon hasta conseguir del Emperador que fuese trasplantado á otra parte.

Enviáronle de pronto á Arabisa, haciéndole padecer mortales fatigas en el camino. Como vieron que no habian podido lograr que estas le acabasen en la Armenia, dispusieron que fuese deserrado al espantoso desierto de Pitias, ó de Pitones. El intento era hacerle morir á fuerza de padecer. Consiguieronlo finalmente; porque lo largo, y lo penoso del camino, los malos tratamientos, que le hacian de propósito los que le llevaban, y en fin, tantos trabajos y fatigas le debilitaron las fuerzas de manera, que se vieron precisados á hacer alto, y á meterle en una iglesia, donde se veneraba el sepulcro de S. Basilio, para que allí descansase. Aquella noche se le apareció el Santo, y le anunció que el dia siguiente pondria fin á sus penosos trabajos, y se verian juntos en la gloria. En virtud de esta vision, luego que amaneció rogó el Santo á sus guardas que le dejasen allí hasta medio dia; lo que no le fué concedido. Partieron de la iglesia; pero apenas habian caminado legua y media, cuando el Patriarca se sintió tan desfallecido, que fué preciso desandar lo andado, y volverle al mismo templo. Luego que se vió en él, hizo que le mudasen de traje: pidió un vestido blanco, y hallándose todavía en ayunas, recibió la sagrada Eucaristia, hizo un poco de oración, y concluyéndola con aquellas palabras, que eran muy familiares, *Dios sea bendito por todos*, al decir *Amen* entregó su bendito espíritu en manos del Criador, el dia 14 de setiembre del año 407, cerca de los sesenta de su edad, y el noveno de su Pontificado.

Publicóse luego milagrosamente la noticia de su muerte, y concurrió innumerable multitud de gente de todas partes. Hicieronle un entierro, que mas parecia triunfo, y desde luego comenzaron todos á honrarle como á mártir, y á invocarle como á Santo. Treinta y un años despues de su dichoso tránsito, el emperador Teodosio el menor, hijo y sucesor de Arcadio, hizo trasladar el santo cuerpo á Constantinopla con tanta pompa y con tanta magnificencia, que pudieran quedar deslucidos los mayores triunfos de los emperadores romanos. Salióle á recibir toda la corte; el Bósforo estaba cubierto de embarcaciones, y la multitud de hachas parecia competir con las estrellas. Apenas descubrió el Emperador las sagradas reliquias, cuando se postró delante de ellas; y pidió perdon al Santo en nombre de sus padres de lo mal que le habian tratado. Depositáronse despues con extraordinaria solemnidad en la iglesia de los santos Apóstoles: y se hizo esta traslación el año 438, á los 27 de enero, en cuyo dia celebra la Iglesia su fiesta.

#### SAN EMERIO, ABAD DE BAÑOLES.

SAN Emerio, á quien los catalanes llaman en su idioma S. Mer, uno de los abades mas célebres que han florecido en la religion Benedictina, nació en el reino de Francia en el siglo VIII de la Iglesia. Fueron sus padres Baudilio, ó Baldilon, y Cándida, que si bien ilustres por su calificada nobleza, eran mucho mas distinguidos por sus virtudes cristianas: los cuales vivian con la pena de no tener sucesion en los muchos años que llevaban de matrimonio. Recurrieron al Señor con fervorosas oraciones, y religiosos votos á fin de que se dignase concederles fruto de bendición; valiéndose para conseguirlo de la poderosa mediación de la Santísima Virgen: y oidas sus reverentes súplicas, se les apareció un ángel, que despues de alabar sus piadosas devociones, les anunció que tendrian un hijo verdaderamente grande ante Dios, y ante los hombres. Concibió en efecto Cándida, y en el tiempo de su embarazo tuvo tres sueños en realidad misteriosos. Vió en el primero salir un sarmiento á sus pies, que creciendo con escesiva estension cubria toda la tierra: bajo el cual le pareció, que descansaba una hermosa paloma de extraordinaria blancura. Notó en el segundo, que despedia de sí una luz resplandeciente, que cogida por un ángel la conducia hasta el cielo. Y en el tercero advirtió, que la decia la soberana Madre de Dios, que habia suplicado á su Santísimo Hijo que le concediese el fruto de bendición deseado.

Llegó el tiempo de dar á luz Cándida á Emerio, cuyo nacimiento causó un extraordinario regocijo en toda su familia: y no perdonando sus padres medio alguno de cuantos pudieran contri-

buir á darle una educacion tan propia de su piedad, como de su ilustre descendencia, no se tardó mucho tiempo en que descubriese el niño presagios nada equivocados de lo que seria en lo futuro. Hizose amable desde la cuna por la dulzura de su natural, por su docilidad, y por su modestia; y sobre todo por su anticipada devoción, sin que se le pudiera dar mayor gusto que llevarlo á los templos, donde se dejaba ver con tanta compostura, y con tanto respeto, que parecia su porte cosa sobrenatural.

Quiso su padre aplicarlo á la carrera militar luego que tuvo edad suficiente, por ser aquella profesion comun en las personas de su distinguido nacimiento; pero quedó sorprendido, cuando el ilustre jóven le conjuró por Dios, que no solicitase impedir por este medio sus piadosos designios, dirigidos á dedicarse al servicio del Señor enteramente. Sintió Baudilio en el alma la determinación de su hijo, creyendo que siguiendo este rumbo perdía el sucesor de su casa, único heredero de su cuantioso patrimonio; pero temiendo Emerio que estos respetos carnales pudieran obligar á su padre á removerle de la insinuada vocacion, ausentándose de su patria secretamente, se retiró á un desierto con un compañero llamado Patricio, fiel imitador de sus nobles ideas. Parecióle que en la soledad se podia abandonar enteramente á los escesos que le dictó su fervor, y á una penitencia sin límites: y siguiendo estos impulsos, redujo todo su estudio á mortificar los sentidos que hasta entonces habia conservado inocentes, y á crucificar su carne, en términos, que renovó con su portentosa vida aquellas espantosas imágenes de penitencia que nos refiere la historia en los páramos del Oriente, y del Occidente.

Causaban en aquel tiempo los mahometanos innumerables daños á los cristianos que habitaban en la España Tarraconense, y en la provincia de Narbona. Clamaron éstos al rey Carlos de Francia, bien fuese el Magno, ó Martel, en lo que se diferencian los escritores. Quiso éste corregir semejantes escesos; pero no teniendo los felices sucesos que le prometian el poder de sus armas, y el valor de sus soldados, habiendo recurrido al cielo para que le favoreciese con su asistencia, le manifestó el Señor que si deseaba conseguir completísimas victorias de los infieles, hiciese que le acompañase en las expediciones su fidelísimo siervo Emerio, que se hallaba retirado en el desierto. Buscóle Carlos con la mayor diligencia, y le obligó á dejar su amada soledad, para que le siguiese, confiado en la promesa divina. No salieron frustradas las esperanzas de aquel soberano; pues llevando en su compañía tan visible auxilio, consiguió inesperados triunfos de los enemigos de la fe por la poderosa intercesion de aquel, cuyo valimiento con-

firmó el cielo con estupendos prodigios, memorable entre ellos el siguiente: hallóse el ejército en cierta ocasion en un desierto árido, destituido de todo auxilio humano, donde murieron muchos soldados de necesidad: y compadecido el piadoso corazón de Emerio de aquella lastimosa desgracia, recurrió á Dios con fervorosas oraciones, rogándole que se dignase socorrer la urgencia de los que peleaban por la gloria de su santo nombre. Oyó el Señor con agrado las reverentes súplicas de su siervo, y por una de aquellas portentosas maravillas de su adorable providencia abasteció al ejército inmediatamente; pero lo mas asombroso fué, que continuando el Santo sus clamores á fin de que resucitasen todos cuantos murieron de hambre, se verificó así con admiracion de los que presenciaron aquel extraordinario portentoso.

Entró Carlos en Cataluña, y sitió á Carcasona, plaza entonces de grande fortaleza; pero pareciéndole dificultosísima la empresa, determinó levantar el sitio despues que la tuvo cercada mucho tiempo. Apeló al cielo Emerio por medio de su acostumbrado recurso de la oracion, y despachada su súplica con la felicidad que siempre, mirando á la ciudad, dijo á Carlos, que entrase en ella bajo el seguro de que no encontraria la menor oposicion, como lo esperiméntó en el avance. Llegó el ejército á la villa de Bañoles sita en el obispado de Gerona, donde un dragon, ó leon de espantosa fiera causaba innumerables estragos en toda la comarca. Condolido Emerio de daños tan considerables, se fué al lugar que habitaba la fiera, y quedóse ésta á la vista del Santo como un manso cordero; y trayéndola á la villa, hizo que la diesen muerte.

Pareció al siervo de Dios el lago, ó lugar donde habitaba la fiera sitio muy proporcionado para la ereccion de un monasterio, por estar retirado de todo comercio humano; y poniendo en ejecucion tan noble pensamiento con la asistencia de Carlos, dedicó el templo á honor de la santísima Virgen, en quien despues de Dios tenia colocada toda su confianza, y del protomártir S. Esteban. Concluido el monasterio, determinó quedarse en él con el objeto de atender únicamente al importante negocio de su eterna salvacion: y aunque sintió Carlos en el alma la separacion del Santo, le fué preciso condescender con sus ruegos, bajo el seguro de que no se olvidaria de encomendarle al Señor. Poblóse inmediatamente aquella ilustre casa de muchas personas deseosas de vivir bajo la direccion de tan santo maestro: y viéndose en la indispensable precision de cargar con el empleo de superior, les prescribió la regla de S. Benito, floreciente por entonces en el Occidente. La nueva dignidad solo sirvió para que mas brillase su

eminente santidad, y su grande prudencia: puesto á la frente de todos, comprendió que era obligacion propia suya ser superior en todo género de virtudes, y fundado en las máximas de que el que gobierna ha de persuadir mas con las obras que con las palabras, su fervor, y su ejemplo eran las lecciones que daba á los monges; los cuales concebían cada dia nuevos deseos de perfeccionarse, viendo que su santo abad era el primero que siempre iba adelante en todos los ejercicios de la vida religiosa, siendo tan digno de admiracion por su discrecion en el gobierno, como lo era por su profunda humildad y sus estraordinarias penitencias.

Quiso Dios manifestar la santidad de su fidelísimo siervo con la gracia especial de curaciones, de la que hizo uso en favor de innumerables enfermos; y esparciéndose la fama de este don por todo el reino de España, fueron tantos los concursos de gentes, que perturbando la tranquilidad que apetecía el venerable abad para sus devotos ejercicios, tomó la resolucion de retirarse secretamente á un espantoso desierto diez leguas distante de su monasterio, donde resucitó los rigores de los mas famosos anacoretas.

Envidioso el demonio de los progresos que Emerio hacia en el camino de la perfeccion, movió todas las máquinas que le sugirió su malicia para separarlo de su buen propósito. Pintóle con la mayor viveza los horrores del desierto, y las aflicciones de la vida solitaria. Puso en movimiento todas las armas de la sensualidad, insultándole con las mas torpes representaciones, y con las rebeliones de la carne; pero sostenido Emerio de la divina gracia, resistió á todos los ataques del tentador, teniendo el consuelo en los mayores apuros de que se le apareciese un ángel á confortarlo. Libre ya de estos combates, hizo una vida mas angélica que humana en el mismo lugar, donde despues en honor suyo se erigió una iglesia cerca del rio llamado Fragat sita en el territorio de la parroquia de S. Estéban de Guialbes en el obispado de Gerona.

Murió por este tiempo el padre de Emerio, y deseosa Cándida de ver á su amado hijo, vino al desierto donde se hallaba. Fácil es de concebir el gozo que tendrían ambos despues de tan dilatada ausencia; pero como conociese el Santo que interrumpia su madre la serie de sus devotos ejercicios, la rogó encarecidamente que se separase de su compañía, porque su amor le perturbaba dedicarse con quietud á la contemplacion de las grandezas divinas, que era el fuerte de todas sus atenciones. Sintió Cándida aquel despego, y representándole que solo deseaba servir á Dios en su compañía, le persuadió el Santo, que lo hiciese separada de él

cuanto distase su báculo. Pareció á la piadosa madre corta la distancia que la señalaba; pero estendiendo el siervo de Dios el báculo en el suelo, creció considerablemente.

En vista de aquel prodigio se retiró Cándida adonde terminó el báculo, y habiendo pasado santamente el resto de sus dias, murió á fines del siglo VIII. Siguióse despues la muerte de Emerio, aunque los escritores de sus actas no nos dicen el año puntual de su fallecimiento. Dióse sepultura á su venerable cadáver con el solemne funeral que exigia el alto concepto de su eminente santidad; cuyas reliquias hoy se conservan en la parroquia de S. Estéban de Guialbes en una capilla magnífica, donde se le tributa el culto correspondiente, y se digna el Señor obrar repetidos milagros por la intercesion de su fidelísimo siervo.

*La Oracion de la Misa es la que se sigue:*

Suplicámoste, Señor, que la gracia celestial dilate cada dia la doctrina del bienaventurado Juan Crisóstomo, tu confesor, mas la santa Iglesia, que te y pontifice. Por nuestro Señor dignaste ilustrar con los gloriosos merecimientos, y con Jesucristo, etc.

*La Epistola es del capítulo 4 de la segunda del Apóstol S. Pablo á Timoteo.*

Carísimo: yo te conjuro delante de Dios, y de Jesucristo, que ha de juzgar á los vivos, y á los muertos, por su advenimiento, y reino, que prediques la palabra (divina): porfia en tiempo y fuera de él: arguye, suplica, reprende con total paciencia, y doctrina; pues llegará tiempo (en que los hombres) no sufrirán la sana doctrina; acopiarán maestros que adulen sus oídos, los que apartarán de la verdad, volviéndolos á las fábulas; pero tú vela, trabaja con todos, obra como Evangelista, cumple tu ministerio, y pórtate con sobriedad. Yo ya voy débil, y urge el tiempo de mi resolucion: he peleado por la causa justa, concluí la carrera, y he guardado la fe. En lo demás sé que me está reservada la corona de justicia, que en el dia (de mi salvacion) me concederá el Señor como justo juez, no solamente á mí, sino es á todos los que aman su advenimiento.

#### REFLEXIONES.

Es propio del buen celo aprovecharse de todo para la salva-

cion de las almas, y no acobardarse por nada. Cuanto son mayores los obstáculos, es mas ardiente y mas vivo. Hacer buenas obras, y no padecer contradicciones, no puede ser. La paciencia es la virtud de profesion de todos los hombres apostólicos. Para convertir las almas se necesita fervor y caridad; pero no se necesita menos prudencia, menos mortificacion, menos dulzura, ni menos humildad. Aquellos zelos amargos, tumultuarios, impacientes, turban las conciencias, irritan los espiritus, avinagran los corazones, pero nunca los convierten.

Por nombre de *advenimiento de Jesucristo* se entiende lo mucho que el Salvador hizo por la redencion de las almas, y por nombre de *su reino* se debe entender el gran premio que tiene preparado á los que no contentos con guardar la ley, se aplican á enseñarla á los demás. Ambos son motivos poderosos para devorar cuantos trabajos puede padecer el celo apostólico en el ministerio de la salvacion de las almas.

Ni hay que acobardarse por el poco fruto que se saca. El verdadero celo nunca es infructuoso. Si no aprovecharé al pecador, aprovechará al predicador: *Insta oportuna, é importunamente*, pues tarde ó temprano, pocas veces deja de ser eficaz el celo verdadero. Sembremos el grano, y no nos aflijamos porque fructifique, ni deje de fructificar. El celo puro solo busca la gloria de Dios, y no la suya. Hay terrenos duros donde el grano necesita mas tiempo para prender y para brotar: es menester humedad y caridad, y con eso brotará el grano que se juzgaba perdido. Un buen consejo, la palabra de Dios predicada con celo y conmocion, un aviso, una advertencia hecha en sazón, fructificarán á su tiempo. No todas las estaciones del año son igualmente fecundas. En el otoño se ven cubiertos de frutos aquellos árboles que en el invierno solo parecen buenos para el fuego. Gran daño hace un celo impetuoso, impaciente, que desespera del fruto tardío, y abandona el cultivo del terreno. Es menester sembrar con dolor, para coger con alegría.

*Vendrá tiempo*, dice el Apóstol, *en que los hombres no podrán llevar en paciencia la doctrina sana y buena.* ¿No habrá llegado ya este tiempo por nuestra desgracia? ¿No estamos ya en un tiempo en que los hombres, llevados de una vana curiosidad, ó de un espíritu de relajacion mal encubierto, andan buscando maestros sobre maestros, hasta encontrar con alguno que les hable al paladar de sus deseos? Desdichado el enfermo que no busca quien le cure, sino quien le lisonjee. Acab no podia ver al profeta Miqueas, porque siempre le pronosticaba cosas tristes. Solicítanse confesores cómodos, francos y contemplativos:

húyese de un director rígido y exacto; como si nuestra religion, que no admite mas que una fe, pudiera admitir dos doctrinas. Cuatrocientos profetas prometen á Acab una completa victoria (3. *Reg.* 22.); y Miqueas incurre en la desgracia del Rey, porque le pronostica su ruina. Dase la batalla, y queda Acab muerto en el campo. Esto es lo que ganan aquellos que buscan teólogos que los adulen. El carácter de la doctrina verdadera es la mortificacion de las pasiones. Convengo en que esta doctrina no es muy del gusto del mundo; ¿pero por eso dejará de ser doctrina de Jesucristo? Y sobre todo, ¿qué se va á ganar en seguir y en gustar las máximas del mundo? Caminase á la perdicion por un contento fugaz y pasajero. *Gustavi paululum mellis*, decia Jonatás (1. *Reg.* 14.), *et ecce morior*. Este es el fruto de esas lisonjeras direcciones, que intentan componer la vida cristiana con la vida inmortificada.

¿Qué cosa mas digna de compasion, que negar muy de intento los oidos á las voces de la verdad por concederlos á los artificios de las fábulas? ¿Y qué otra cosa hacen todos los que están fuera del gremio de la santa Iglesia Católica Romana? ¿Aquellos que no se rinden á las decisiones pontificias, pronunciadas por el oráculo infalible de la Iglesia, únicamente por dejarse gobernar de su capricho, hacen mas que huir de la verdad á letra vista, prefiriendo su dictámen al del mismo Jesucristo, manifestado al mundo por la voz de su Vicario? ¿Y qué diremos de esta dureza? Que igualmente nace de un corazon relajado, que de un entendimiento alucinado y presumido. Estos son los dos manantiales de donde siempre se deriva todo orgullo. El que obra mal, huye de la luz, y el que ama el error, cierra los oidos al oráculo de la verdad.

*El tiempo de mi muerte*, dice el Apóstol, *cerca está.* Los Santos nunca pierden de vista la sepultura: ni tampoco hay pensamiento mas saludable. ¡O qué consuelo! poder decir al fin de la vida: *Pelé con valor; acabé felizmente mi carrera.* ¡Ah! que la carrera todos la acaban; pero desdichado aquel que no la acabare bien.

*El Evangelio es del cap. 5 de S. Mateo.*

En tiempo que Jesucristo en qué se ha de sazónar? Para enseñaba á sus discípulos su celestial doctrina les dijo: Vosotros sois la sal de la tierra, y que la pisen los hombres. Vosotros sois la luz del mundo. Y así como una ciudad

colocada sobre un monte no puede ocultarse: ni la luz se enciende para ponerla bajo de un celemin, sino sobre el candelero para alumbrar á todos los que están en la habitacion; á este modo brille vuestra luz delante de los hombres, á fin que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre, que está en los cielos. No penséis que he venido á dispensar la Ley, ó los Profetas; no he venido á dispensar sino á cumplir. En verdad os aseguro, que primero faltarán el cielo y la tierra, que una letra ó ápice, de lo que está escrito en la Ley, hasta que todo se cumpla. El que quebrante, pues, uno de sus menores preceptos, y enseñe á que así lo hagan los hombres, se llamará mínimo en el reino de los cielos; pero el que los observe, y enseñe, se dirá grande en el mismo reino de los cielos.

### MEDITACION.

#### *Del buen ejemplo.*

**PUNTO PRIMERO.** — Considera que el buen ejemplo no es una virtud de puro consejo; es de obligacion y de precepto. *Luzca vuestra luz delante de los hombres*, dice Cristo, *para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre celestial, que está en el cielo.* Indispensablemente estamos obligados á ser ejemplares desde que somos cristianos. Todos tienen derecho á nuestro buen ejemplo; y es especie de injusticia privar de él á nuestros hermanos. La ley que profesamos, las verdades que creemos, el premio que esperamos, son los títulos en que se funda este derecho.

Nuestras conversaciones deben ser documentos, y nuestras operaciones modelos: pocas faltas puede cometer un cristiano que no sean una especie de escándalo. ¡Qué terrible cuenta darán á Dios aquellos cristianos imperfectos, aquellas almas relajadas, cuyas costumbres son tan corrompidas!

Todos somos buen olor de Jesucristo. Pues ¿cual debe ser la pureza de nuestras obras, para que exhalen una celestial fragancia? Todos somos luz del mundo. Pues ¿cual debe de ser el resplandor y la claridad de nuestras costumbres? Todos somos sal de la tierra: luego nuestras acciones y nuestras palabras deben ser eficaz preservativo contra la corrupcion. Y siendo esto así, ¿nos contentaremos con una devocion insulsa, insípida y sin gusto?

La vida de los cristianos debe ser vida de santos; porque en el

cristianismo no hay dos religiones ni dos reglas de costumbres. Desengañémonos, que una vida que no es ejemplar, no es cristiana. En cualquiera estado que se viva, se debe el buen ejemplo al público y á los hermanos.

Mi Dios, ¡cuanto tengo que acusarme en este punto! ¡y qué terrible cuenta tengo que daros! Pero pues vuestra infinita misericordia me ha hecho conocer mis descaminos, dadme gracia, y dadme tiempo para enderezarlos.

**PUNTO SEGUNDO.** — Considera cuanto aprovecha, cuanto alienta á los demás el buen ejemplo. No hay atajo mas breve, no hay medio mas eficaz, no hay elocuencia mas persuasiva para reformar las costumbres ajenas que la edificacion de las propias.

¡Qué bienes no produce en la corte, y en toda una monarquia la ejemplar piedad de los grandes! ¡Qué fervor no encienden en una comunidad los buenos ejemplos de un superior! ¡Qué inclinaciones tan perversas podrán resistir á las costumbres piadosas y devotas de un padre, de una madre de familias! El genio mas indómito, el corazon mas mal inclinado, las pasiones mas violentas, todo cede á una modestia, á una piedad constante que guarda consecuencia, que en nada se desmiente. El buen ejemplo domestica los naturales mas feroces. Quéjense los padres de las malas inclinaciones de los hijos: ¿y no tendrán los hijos razon para quejarse de los malos ejemplos de los padres?

¿Qué fuerza no tiene en el corazon de una doncella la modestia, la devocion, la piedad edificativa de una madre, que perpetuamente tiene delante de los ojos? Hagamos juicio de esto por los fatales efectos que cada dia produce el mal ejemplo. Son los buenos ejemplos unas correcciones mudas; pero vivas; pero picantes de los desórdenes que cometen los imperfectos. Ninguna cosa cubre de tanta vergüenza, de tanta confusion á los súbditos; ninguna reprende con mayor viveza su tibio proceder, que el buen ejemplo de aquellos que los gobiernan. En cierto modo se puede decir que el buen ejemplo todo lo suple.

Pero si por nuestra desgracia nos faltan buenos ejemplos en los que tenemos delante, acudamos por ellos á las vidas de los Santos. No hay vida de Santo alguno, que no sea un rico tesoro de buenos ejemplos.

¡Qué renunciacion mas perfecta de la carne y sangre, que la que nos enseñó con su ejemplo S. Juan Crisóstomo! ¡Qué humildad entre las mayores honras! Arrojado de su silla patriarcal; dos veces desterrado: ¡qué constancia en la persecucion! ¡qué alegría en las adversidades! ¡qué modelo de perfeccion cristiana!

en toda su vida! La vida de los Santos es toda ejemplar. ¿Lo es también la nuestra? ¿Podrá servir de modelo? ¿Serán santos los que siguieren nuestro ejemplo? Estas reflexiones se hacen: ellas son muy verdaderas. ¿Y es posible que se puedan hacer tan á sangre fría?

Mi dolor, Señor, mi dolor declara bien el sentimiento con que yo las hago: espero con el auxilio de vuestra divina gracia, que mi porte declarará también el fruto que han producido en mí. Hasta ahora no he dado mas que malos ejemplos: desde hoy en adelante comenzaré á reparar el daño que he hecho con mis escándalos. ¡O mi Dios! y cuando podré decir con vuestro Apóstol: *Imitatores mei estote, sicut et ego Christi*: Imitadme á mí, como yo imito á Jesucristo.

JACULATORIAS. — Bienaventurados los que están en el camino de la inocencia, y andan fielmente en la ley del Señor. (*Psalm. 118.*)

Tened una santa emulacion de todo lo bueno, con recta intención de hacer siempre bien. (*Ad Galat. 4.*)

#### PROPOSITOS.

1 En este mismo dia has de escoger media hora ó por lo menos un cuarto de hora, para examinar con la mayor seriedad si en todo y por todo das buen ejemplo á tus hijos, á tus criados, á tus súbditos, á tus inferiores, á tus iguales. ¿Son de edificacion todas tus conversaciones? Tu porte, tu modo de hablar, tu modo de vestir, tu modo de andar, ¿es todo ejemplar, es todo cristiano? ¿Das ejemplo en las concurrencias, en las funciones, en los convites, y en todas las licitas diversiones? ¿Sirves de mucha edificacion á los que te ven en la calle, en casa ó en la iglesia? No te contentes con un examen precipitado y superficial. Júzgate á tí mismo como juez recto, imparcial, desinteresado: y sentencia en justicia, si los que viven contigo serán muy perfectos solo con que imiten y sigan tus ejemplos. Toma despues tus resoluciones y tus medidas; y no se pase el dia sin que todo esté reformado y arreglado.

2 Desde hoy en adelante siempre que fueres á hacer alguna cosa, hazla con el pensamiento, y con el deseo de dar en ella buen ejemplo: preséntate en la iglesia con mayor modestia, con mayor respeto que hasta aquí. Acude con puntualidad á aquellas acciones á que te llama la obligacion ó el estado. Cuando hablas, cuando te empleas en algo, haz reflexion á que enton-

ces estás destinado para dar ejemplo. Reza el rosario de comunidad con toda la familia, y procura que la sirva de modelo tu devocion interior y exterior. No dejes de visitar á los pobres en el hospital; y da hoy todos los buenos ejemplos que puedas al público, á los inferiores y á los iguales. Siempre que por la noche examines la conciencia, tómate cuenta de si en aquel dia has servido de edificacion ó de ruina. Es esta una obligacion de que muchos cuidan poco; pero es una obligacion que algun dia nos dará bastante pena.

#### DIA XXVIII.

##### MARTIROLOGIO.

LA SEGUNDA CONMEMORACION DE SANTA INÉS, en Roma.

SAN FAVIANO, mártir, también en Roma, que padeció martirio en tiempo de Diocleciano.

LOS SANTOS MÁRTIRES TIRSO, LEUCIO Y GALINICO, en Apolonia, los cuales consumaron el martirio en la persecucion del emperador Decio: Tirso y Galinico despues de varios tormentos fueron degollados; Leucio, llamado por una voz del cielo entregó su alma al Criador. (*Véase la noticia de S. Tirso en las de este dia.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES LEONIDES Y SUS COMPAÑEROS, en la Tebaida, los cuales consiguieron la corona del martirio en tiempo de Diocleciano.

LA CONMEMORACION DE UN GRAN NÚMERO DE MÁRTIRES, en Alejandria, á los cuales estando en la iglesia tal dia como hoy, recibiendo la comunión, martirizaron con diferentes tormentos hasta quitarles la vida los Arrianos que seguian la parcialidad de Siriano. (*Véase su vida en las de este dia.*)

SAN CIRILO, obispo, en la misma ciudad, acérrimo defensor de la fe católica, el cual ilustre en santidad y doctrina, murió en el Señor.

SAN VALERO, obispo, en Zaragoza. (*Véase su vida en las de este dia.*)

EL GLORIOSO TRIUNFO DE SAN JULIAN, obispo, en Cuenca de España, el cual distribuyendo á los pobres la renta de su obispado, vivía, á imitacion de los Apóstoles, del trabajo de sus manos: murió santamente, esclarecido en milagros. (*Véase su vida en las de este dia.*)

EL TRIUNFO DE SAN JUAN, presbítero, varon de Dios, en el monasterio de Remes en Francia.

SAN JAIME, ermitaño, en la Palestina, quien despues de haber caido en pecado, se retiró á un sepulcro á hacer penitencia por mucho tiempo; y resplandeciendo en milagros, voló al Señor.